

llas frases, nada se perdiera de la última terneza que tiene para sus amigos, porque ahora les llama El, amigos "Ninguno ha tenido amor más grande que este: dar la vida por sus amigos. Vosotros seréis mis amigos si hacéis lo que yo os mando." Y no les manda, sino amar, porque en esto se encierra todo.

Serán perseguidos, pero El los sostendrá en esa lucha; serán odiados por el mundo, pero El lo es ya de todos.

A la hora suprema de la separación y del adiós, desahoga ampliamente su espíritu: dentro de poco estarán todos dispersos, lo siente y se los dice: "He aquí que se aproxima la hora y me dejaréis solo; pero no estaré solo, porque conmigo se hallará mi Padre."

Jesús no les reprocha este abandono, sino que sus últimas palabras son de esperanza, de afecto sin límites. "En el mundo tendréis aficciones; levantad el ánimo, yo he vencido al mundo."

Así hablaba de victoria y prometía el triunfo, aquel que en esos momentos era el vencido de una turba de malvados, el vencido de un amigo traidor; pero no se quejaba, porque lo era todo, porque era nada menos que Dios.

El banquete había terminado, y el himno de agradecimiento al Señor, resonó con notas sublimes bajo las bóvedas del Cenáculo.



EN EL GETHSEMANI.

¡Gethsemaní! Al solo evocar este nombre, que parece escrito con letras de sangre, extrañas visiones de infinita angustia y de espasmo indecible, se agolpan á la mente. Créase ó no se crea en la Divinidad de Jesucristo, no puede haber corazón humano que no se sienta estremecer de compasión, al recuerdo de aquellas horas desoladas que pasó el Salvador, la criatura más santa y más pura, cuya alma exquisita sentía los dolores, con más intensidad y viveza que cualquiera otra alma.

En ese drama íntimo que se desarrolla entre el Padre y El, en aquellos gritos de apelación suprema, en aquellos ruegos angustiosos para alejar de sí, el Cáliz de infinita amargura, se siente vibrar todo el terrible poder del dolor, de aquel dolor que forma el poema más excelso de la Pasión del Divino Maestro.

En aquella noche triste, infinitamente triste, bajo

el follaje de los olivos, se halla Jesús, con los ojos levantados al cielo, con las manos unidas y los dedos entrelazados en actitud de supremo desaliento. Un rayo melancólico de luna, que se filtra entre las frondas, forma un cerco de plata á la divina persona, como si estuviese ésta, envuelta en velo tenue y sutilísimo. Allí se encuentra bajo el peso de todas las iniquidades humanas, de todas las miserias del mundo, rogando, rogando para que se aparte ese Cáliz que encierra el ácibar de todas las ingratitudes y de todas las infamias.

Podían ser las diez de la noche próximamente, cuando salió Jesús, con sus once discípulos del Cenáculo, para dirigirse al Monte de los Olivos, donde había una especie de granja deshabitada. El sitio era severo y escondido, y todo contribuía á hacerlo propio para meditar y orar.

Al poniente estaban los grandes murallones del Templo y la Torre Antonia; á la derecha, el Monte Scopus, desnudo de vegetación y á la izquierda, el Valle desolado de Josafat, cubierto de tumbas.

Apenas había entrado á la granja, Jesús, cuando dijo á sus discípulos: "Sentaos aquí mientras me alejo un poco para orar."

Acompañado de Pedro, Juan y Santiago, avanzó unos pasos más allá; súbitamente, una nube de tristeza cubrió su frente y presa de angustia, exclamó: "Mi alma está triste hasta la muerte."

Para prepararse á la lucha, para buscar fuerzas en el duro trance que le aguarda, acude á la plegaria, allí, en el silencio de las cosas, en el solemne recogimiento de la noche. Había llevado consigo á sus predilectos, para lograr de ellos un consuelo humano y amistoso; sin embargo, aun entonces, no quiere atormentarles con su martirio; tiene, como siempre más

compasión de ellos que de sí mismo, y les dice:—"Quedaos aquí; y velad conmigo para no sucumbir á la tentación."

Y se aleja aun un poco, y cayendo después de hinojos, oró, oró al Padre, con todo el fervor de su alma palpitante, que parecía doblegarse al peso de su infinito dolor, de ese dolor que era el complemento de la obra de redención para la que había venido á este mundo.

Abatido por la iniquidad humana, su esencia divina parecía no poder ya sostenerse; y por eso oraba y suplicaba á sus amigos, á los predilectos de su corazón, que velasen con El, que rogasen por El.

¡Vana, inútil confianza en la amistad! Los tres apóstoles vencidos por el sueño, se habían dejado caer en tierra y dormían, mientras que el Maestro Divino, que buscaba que le confortasen, gemía como si estuviese maldecido por los hombres. "Padre, aparta de mí, si es posible y para Tí todo es posible, este Caliz" Pero el Caliz no se aleja y El deberá beber hasta la última gota de su amargura! El cielo está cerrado á su voz: el Padre parece que abandona á aquel Hijo predilecto en el cual había puesto todas sus complacencias.

Ahora que necesita consuelos, palabras de afecto, que caigan como bálsamo suave en su corazón desgarrado, se levanta y se dirige á sus discípulos..... ¡Ay, está abandonado por todos!..... Ellos duermen, mientras que el Maestro se halla á su lado, estremecido por espantosa é indefinible angustia.

Y dulcemente se acerca á Pedro y le dice, con suavísimo reproche:—"Simón ¿tú también duermes? ¿No habéis podido velar una hora sola conmigo?"

Todos lo abandonan. Judas lo ha traicionado ya....

"Velad y orad," repite el Maestro, para que no

entréis en tentación. El espíritu está pronto, pero la carne es débil.”

Y Jesús, lleno de fatiga, con su atroz padecer, se aleja de nuevo, encorvado, lentamente, y pasa bajo la sombra de los olivos, que son símbolo de paz, de aquella paz que ahora se le niega; y pasa como una sombra leve, que sufre, y entrando á una gruta, eleva sus plegarias, con todo el ardor de su alma; ruega más solo que nunca, separado de todos, para que cese aquel martirio de su espíritu, para que se desvanezcan todas aquellas imágenes que desfilan ante sus ojos velados de lágrimas, que le representan toda la perfidia humana del pasado y del porvenir y que deben de atraer la ira, la venganza del Padre, inexorable en su justicia.

No son la Cruz, los clavos, las espinas y la muerte que conoce y espera, lo que le espanta: lo que le atribula, es verse El, que es inocente é inmaculado, cargar con todas las abominaciones y todas las infamias.

En vano sus ojos azules y dulcísimos se dirigen á lo alto; en vano suplica aún: “Pase de mí este Cáliz, si es posible.” El cielo está cerrado, el Padre no responde, Dios no lo escucha. Falta, entonces, á Jesús, toda fuerza física; las piernas se le doblan, el cuerpo no puede ya sostenerse; un sudor frío baña sus blondos cabellos y le escurre por el rostro. Es el sudor de la agonía, el que destilan la frente y las manos de los moribundos. pero estos siquiera tienen á un deudo caritativo que enjague ese sudor. El, está solo. ¡Oh, qué grito se escapa, entonces, de aquellos labios, qué estertor se escucha, que parece salir de un corazón hecho pedazos!

Y Jesús se levanta difícilmente, vacila y casi arrastrando sus pies por la yerba del monte, que pa-

rece estremecerse de compasión, va á buscar á los amigos, á aquellos con quienes ha comido la última cena y á los que ha distribuído el pan y dado su Cuerpo y Sangre. . . .

Desolado, abatido, reclina la cabeza sobre el pecho; la mano derecha la deja caer lánguidamente, mientras que con la siniestra se oprime el corazón, aquel corazón que tanto ha amado y que ahora no encuentra ningún latido que le responda, ni en el cielo, ni en la tierra. Su respiración es fatigosa, sus grandes ojos azulados los dirige al grupo donde están sus amigos. Ellos duermen aún, tranquilamente, plácidamente.

. ¡No sienten en su corazón el eco desgarrador del corazón del amigo! Duermen tranquilamente, plácidamente duermen.

Y El, dulce siempre y compasivo para todas las criaturas débiles, no les reprende, no busca ya ni un consuelo, ni una plegaria.

Vuelve cerca de los olivos y allí, ora por tercera vez, elevando sus plegarias más angustiosas todavía, en tanto que oculta su pálido rostro entre las manos heladas por el frío de la muerte.

“Sobre la tierra no hubo nunca, dice un ilustre escritor inglés, cansancio tan mortal, tristeza tan grande, languidez tan cruel, abatimiento tan excesivo; parece como si el alma gritara á Dios, como si una fuerza sobrehumana, quisiera hacer bajar el cielo y atraerse hacia sí, la tempestad de la eterna justicia y la venganza del Padre.”

El corazón de Jesús no pudo resistir por más tiempo y ofrece su propia vida, como un cordero mansísimo. Las gotas de su sangre divina, corren una tras otra, de una manera no común, brotando de los poros de su piel, le bañan el rostro, le cubren los ojos,

le inundan la boca, le manchan las manos; todos los miembros de su cuerpo y los vestidos, y tiñen las plantas de olivos y hasta el suelo.

Jesús, exhausto ya, alza aun sus brazos debísimos y eleva sus miradas al cielo, enviando, por la vez postrera, ese grito de dolor:—“Padre mío, aparta de mí este amargo Cáliz, si es posible, pero hágase tu voluntad y no la mía.”

Existe una hermosa leyenda que se refiere á la agonía del Salvador, en el Jardín de los Olivos. No es inoportuno referirla aquí.

Después de que Jesús hubo hecho sus plegarias, una de las gotas de sangre que le escurrían, cayó en la corola de una florecita y oyó, entonces, el Nazareno, una voz tímida y débil que le decía:—“Dignaos, oh Señor, bajar los ojos al suelo y fijarlos en mí, ahora que vuestra sangre preciosa ha caído en mi cáliz sin olor. Yo soy la más humilde, la más modesta de las flores de Israel. Nadie me admira, porque no soy hermosa; ninguno me recoge, porque carezco de todo mérito; pero vos podéis embellecer mi existencia, dando una gota de sangre á cada una de las florecillas de mi familia, y un poco de olor al polen que me fecunda. ¡Señor! ¡Señor! ¡No os alejéis sin escuchar mi ruego!»

Jesús entonces, inclinándose amorosamente, para observar á la florecilla, respondió:—“Tú que has contemplado esta mi dolorosísima agonía y á la que por un instante acordó Dios el don de la palabra, desde esta noche verás tus blancas hojas, adquirir los más raros colores, por el contacto que has tenido con mi Sangre; á tus manchas rojas añadiré la corona de espinas que deberá ceñir mañana mi frente en la ciudad santa; te daré, además, el suave olor de los lirios que crecen en el valle de Zabulón.”

—Señor, Señor! Bendito seas!, murmuró la flor. Y desde aquel día se ve crecer en los campos, una plantita silvestre, en cuyos pétalos hay tres manchas de sangre y una corona de espinas, que la circunda; esta planta es el Trébol de la Judea.

Del cielo, mientras tanto, baja un Angel, á confortar en aquella languidez de muerte á Jesús, y una tradición antigua, refiere que fué el Arcángel Gabriel.

El divino Maestro se pone en pié, entonces, resueltamente: ¡había por fin vencido.! Vuelve á los Apóstoles, cubierto aun por la sangre de aquella lucha que acababa de pasar, como atleta que retorna vencedor de la arena.

“Dormid, les dice, con la serenidad y fuerza de espíritu que le son habituales; descansad. Todo ha concluído.” Y después añadió:—“La hora ha llegado; he aquí que el Hijo del Hombre será entregado en manos de los pecadores. Levantaos y andad. El que me ha traicionado se acerca ya.”

Podía ser la media noche. Un silencio solemne y profundo envolvía á Jerusalem.

A la animación de la turba inmensa, durante el día, sucedió una grande calma nocturna. Dormían los ciudadanos en sus casas, y los forasteros y los peregrinos reposaban en el Khan, bajo las tiendas que se alzaban fuera de las puertas, en el camino de Betfagia. Sin embargo, en las alturas de Sión, en el palacio pontifical en que habitaba Caifás con su suegro Anás, se velaba aun, á pesar de que la hora era ya muy avanzada.

Habiendo salido bruscamente del Cenáculo, Judas, después de oír la afirmación: “Tú lo has dicho,” se dirigió al Palacio del Gran Sacerdote, para pedir se ejecutase el plan convenido.!

Pónese el traidor al frente de un grupo, formado

por los custodios del Templo, los arqueros de Caifás y Anás, los esbirros del Sanhedrín, los criados de los pontífices, y al decir de algunos, también de soldados de las cohortes romanas. Toman todas las linternas y lanzas, y esa turba amenazadora se pone en camino, precedida por Judas y por algunos jefes de los sacerdotes.

Salen por una de las puertas de la ciudad y se dirigen á la izquierda del Cedrón, para llegar al Jardín de Gethsemaní. Marchan siniestramente, taciturnos, y cambian apenas algunas palabras en voz baja. La luna medio velada por cintas de nubes, ilumina débilmente el camino.

Cuando esta lúgubre comitiva hubo llegado á poca distancia de la entrada del huerto, el traidor dijo, con frialdad, á los esbirros:—Escuchad, aquel á quien yo besare, ese es, aprehendedlo para que no se fugue.”

Entran todos y ven rodeado de sus once discípulos, á Jesús, quien no deja, ya traslucir la angustia de que era presa, momentos antes.

El encontrarse de improviso, cara á cara, con su víctima, no espanta á Judas. “Maestro, Maestro, yo te saludo. . . . ¡Ave Rabbi!”

Y Jesús le dice:—“Amigo ¿á que has venido aquí?”

No hay en estas frases, ni una que sea áspera, de reproche. El Cordero Divino lo saluda con un nombre que encierra el más exquisito afecto, la más tierna solicitud:—¡Amigo!

Allí está el Maestro, circuído de plácida luz lunar, que lo hace más dulcemente amable que con los fulgores deslumbradores del Tabor. Allí se encuentra un poco distante del grupo de los Apóstoles, con toda la dignidad real de su persona y con los brazos extendidos hacia Judas para decirle: “Una sola palabra, una sola

muestra de arrepentimiento y estaré dispuesto á oprimirte en mi corazón!”

De un lado está el tipo más perfectamente ideal de bondad, ante el que creyentes ó no creyentes, se inclinan todos con reverencia; del otro lado se halla el tipo más abyecto de la perfidia humana, la personificación más tosca, más miserable de la traición, porque se ha hecho pagar con treinta monedas, la vida de un amigo y de un amigo que era. . . . Jesús.

No se conmueve Judas con la dulzura del Maestro; no vacila ante aquella benévola é inesperada acogida. Es preciso que dé la señal. . . . Se acerca más, y sus labios impuros imprimen un beso sobre los labios purísimos del Redentor. Esa era la señal del traidor discípulo. . . .

El beso, la más poderosa, la más alta expresión del amor es siempre el apasionado cambio de dos almas, y en aquellos momentos, es la muestra negrísima de la mayor de las infamias.

Al recibirlo el Amigo Divino, traicionado y vendido, no murmura mas que estas palabras:—“Judas, con un beso has entregado al Hijo del Hombre,” como si fuese el último llamamiento tierno que hiciera á aquella alma, que no quiere oírlo. Dirigiéndose después á la muchedumbre, sereno y resuelto, pregunta:—“¿A quién buscáis?”

—A Jesús de Nazareth,

—“Yo soy.”

Y con aquella frase, como si significara ella: “Sí, yo soy de Nazareth; pero vengo del cielo; yo soy la bondad, pero soy también el poder,” como fulminados por un rayo, todos cayeron en tierra, mientras que el Divino Maestro permanecía en pié, erguido é inmovible.

Se levantan, empero y Jesús de nuevo pregunta:

“A quién buscáis?”

—A Jesús de Nazareth.

“Ya os he dicho que yo soy,” y á estas palabras le aprehendieron.

Viendo esto, Pedro, sacó su espada y con la foga-
cidad que le era peculiar, se lanzó contra los asaltan-
tes, cortando la oreja derecha á Malco criado del
gran sacerdote.

Jesús, con un ademán, detuvo á los Apóstoles y
volviéndose á Pedro le dijo:—“Guarda tu espada en
la vaina, porque el que á hierro mata á hierro morirá.
¿Crées tú que yo no podía pedir á mi Padre doce le-
giones de ángeles para defenderme? Pero debo beber
el Cáliz que le he ofrecido.”

En seguida, inclinándose sobre Malco, le colocó
la oreja desprendida, quedando sano.

Y volviéndose á los fariseos y sacerdotes presen-
tes, les dijo:—“Habéis venido á buscarme como á un
ladrón, con espadas y lanzas: he estado todos los días
en el Templo y no me habéis aprehendido; pero
vuestra hora ha llegado y con ella el poder de las tinie-
blas.”

Entonces, los infames esbirros lo amarran; los
apóstoles espantados se esconden en el jardín y sólo
más tarde, dos de ellos le siguen á distancia, mientras
que la soldadesca feroz, le empuja y golpea, cubrién-
dole de injurias y llenándole de oprobio.

Ya están á las puertas de la ciudad; toman una
estrecha vereda; pasan la colina de Sión, y entre abu-
llidos salvajes llegan al palacio pontifical de Anás.

Judas ha consumado su nefanda obra; pero al
recibir el infucio precio de su traición, debe de haber
sentido las primeras angustias del más desesperante
de los remordimientos....



DE CAIFAS A PONCIO PILATOS



Jesús es llevado á una vasta sala, en la que le
aguarda Anás, quien por fin tiene en su presencia, li-
gado é impotente, á aquel Galileo, que le confundiera
con su palabra serena y magestuosa. Gusta el abomi-
nable Pontífice, con feroz alegría, de su venganza.

A la incierta luz de las lámparas, se destaca la
silueta del Hijo del Hombre, cuyo belleza no ha
tenido igual; pálido, con la mirada pensativa y
con los vestidos en desorden, está sorprendido de
hallarse entre la multitud que lo circunda; parece que
no ve nada, ni siente nada, y aunque sus manos, en
aquellos instantes, han sido desatadas, sigue sin re-
sistencia los movimientos que se le imprimen.

Anás pregunta al prisionero, acerca de sus discí-
pulos y de su doctrina; pero Jesús con una sola res-

puesta, le confunde:—“Yo he hablado á las gentes en público; siempre enseñé en la Sinagoga y en el Templo donde se reunían todos los Judíos y nada dejé en secreto. ¿Por qué me preguntas? Interroga á los que me han oído, á los que saben lo que he dicho.”

Anás no osa de replicar, pero un vil esclavo levanta la mano y da á Jesús un bofetón en el rostro. La ley prohibía que los reos fuesen maltratados antes de que se les condenara, mas en este caso parece que todo es lícito. La infame canalla aplaude aquel insulto. Risas obscenas, imprecaciones é injurias resuenan en la sala, en tanto que una sonrisa de satisfacción y de complacencia, desflora los labios de Anás, al mirar tan humillado al que consideraba como su mortal enemigo. Le ve con ojos altaneros, despectivos é impregnados de odio, como si quisiera decirle:—“¿Quién te libertará ahora de mis manos y de mi venganza?”

Jesús se vuelve al miserable esclavo y le dice:—“Si he hablado mal, acúsame; si he hablado bien ¿por qué me hieres?”

La serena calma del Divino Maestro se opuso siempre, en todo instante, á las explosiones del odio y de la malevolencia.

Anás ordena que se aten las manos del Nazareno y se le conduzca ante Caifás, quien estaba investido de la potestad legal para juzgar al Salvador. Así es conducido, punzándole con lanzas y espadas.

Mientras tanto se envían esclavos y mensajeros por todos los rumbos de la ciudad, porque es preciso que se reúna prontamente el Sanhedrín, á fin de que el juicio y la condena que le siga, tengan todas las apariencias de legalidad.

Jesús, el falso Profeta, el agitador de las turbas, el que desprecia la ley mosaica, el renovador, está preso, encadenado y es preciso que muera....

El Sanhedrín se congrega. Caifás revestido con un largo manto recamado en oro, tiene en la cabeza una mitra.

En medio del recinto amplísimo, de pié y con mortal palidez, Jesús aguarda, rodeado de los *sopherim* ó sea de los estudiantes de la ley, de siervos, esbirros y de la multitud convocada para que rindiese su testimonio. Esta reunión era, á todas luces, ilegal, porque estaba prohibido juzgar de noche, después del sacrificio vespertino y en víspera de un día festivo; pero es tan grande la sed de vengaza, que esa consideración no les detiene. Así se violan todos los demás preceptos. El Presidente mismo, es juez y acusador; no se recibe á ningún testigo de descargo; las declaraciones de los acusadores están en desacuerdo; y Jesús calla, calla siempre ante las acusaciones, ante las ofensas. Aquel silencio roía el alma de Caifás, porque le impedía convencerle de culpa ante el Tribunal. Empero Jesús debía morir; era esta una cosa ya acordada y resuelta por tan inicuos jueces.....

- Hagámosle, sin embargo, una pregunta, á la cual deba sin remedio responder, pensó el infame Pontífice, y levantándose con toda la magestad de su cargo, alzó las manos al cielo, pronunciando la fórmula sacramental: “Te conjuro por el Dios vivo á que digas si eres Tú el Cristo, el Hijo de Dios,” y añadió hipócritamente el saludo habitual: “Que sea bendito su nombre.”

“Sí, Yo lo soy,” responde con firmeza Jesús dominando con su magestad infinita á aquella turba de malhechores. Su respuesta es clara y precisa, límpida como la verdad, y agrega: “Vereis al Hijo del Hombre sentarse á la diestra del Padre y venir sobre nubes, del cielo.”

Se levanta, entonces, un grito inmenso de aquella asamblea.....

Caifás se desgarrá las vestiduras pontificales y exclama:—“¿para qué buscar otros testimonios? ¿Lo habéis oído?” ¡Ha blasfemado!

—Es reo de muerte, repuso un coro de voces que parecía salir del averno.

Y en seguida, jueces, sacerdotes, esbirros, esclavos y toda la canalla, se precipita sobre el Mártir, que, imparable, sufre toda suerte de ultrajes.

Le golpean y le escupen, tirando de su cabello y de su barba.

Mientras tanto, en el atrio del Palacio, en torno del fuego, se halla un grupo de hombres, calentando sus miembros ateridos por la inclemencia de aquella noche. Entre ellos está un individuo pensativo é inquieto. Es Pedro, que había entrado al palacio del pontífice, juntamente con Juan, para averiguar qué pasaba al Maestro. Ya la portera le había preguntado:—“¿So acaso de los discípulos de ese Hombre?” á lo que prontamente contestó Pedro: “No.”

Mas allí, al rededor de la luminaria, una esclava con firmeza le dijo:—“¡También tú estabas con Jesús Nazareno!”

“Mujer; responde el Apóstol, yo no lo conozco y no sé lo que dices.”

En aquel momento un gallo cantó,

Iba ya Pedro á levantarse para huir del peligro, cuando un pariente de Malco, al verle, dijo:—“Este andaba con Jesús Nazareno,” y un hombre de la comitiva añadió:—“Ciertamente tú eres uno de los de su compañía, porque también eres Galileo.”

El alma del Apóstol se turba y se llena de pavor. Se olvida de todo sentimiento de afecto, de todo ímpetu generoso, de toda idea de fidelidad, y resuelta-

mente jura:—“No conozco al Hombre de quien me habláis.”

He aquí el egoísmo más refinado, que hace que se traicione todo: las promesas, los beneficios recibidos y las seguridades de la amistad, para apartarse de una amenaza y evitar un peligro. ¡No, no, yo no conozco á ese Hombre! es la prudente negativa de las almas débiles, de los espíritus ingratos.

En esos instantes llegaba Jesús, conducido por los esbirros, al sitio en que Pedro gritaba, jurando:—«No conozco á ese Hombre.» Al cantar el gallo por segunda vez, alzó el Apóstol los ojos y se encontró con los dulcísimos de Jesús. El corazón del discípulo quedó hecho pedazos, al recordar las palabras del Maestro. Envuelto en su manto, sale del palacio para ir á esconderse á una caverna, y llorar amargamente la culpa de haber negado á su maestro, á su Amigo, á su Dios....

Una antigua leyenda refiere que, desde entonces, el Apóstol, al oír el canto del gallo, lloraba copiosamente y sin consuelo.....

Faltan dos horas para que llegue el día. ¿Quién podrá describir los sufrimientos de Jesús durante ese tiempo entre aquella multitud que desahoga los arrebatos de su cólera en el mártir inocente, en medio de aquella plebe brutal que vomita sus feroces instintos sobre aquella víctima, llena de mansedumbre y de bondad? No dan tregua ni por un momento, á las torturas. Derriban á Jesús por tierra y á punta-piés le hacen levantar, le vendan los ojos y le abofetean, gritándole:—«Cristo, adivina ¿quién te hirió?» Mas ni una sola palabra, ni un lamento siquiera, mueven á aquellos labios divinos.

Cansados, al fin, esos infames verdugos, arrojan al Nazareno, á una lóbrega mazmorra.

Apenas despunta el nuevo día, se reúne, otra vez el Sanhedrín, en la sala del Tribunal. Los acusadores de Jesús gritan:—«Ha violado el sábado; no observa los ayunos; ha hecho milagros por obra de Satanás; ha predicho la ruina de Jerusalem; ha autorizado el adulterio, ha acogido á los publicanos, á los pecadores, á los paganos, á la mujer de mal vivir; se ha hecho llamar «rey,» «profeta,» «Hijo de Dios;» sus discípulos comen sin lavarse las manos; ha celebrado la Pascua en la víspera de ella.» En todos hay un tremendo furor. Caifás se dirige nuevamente á Jesús, con estas palabras:—«Si Tú eres el Cristo, dílo.»

—«Si os lo digo, replica Jesús, no me creeréis. Si os interrogo, no me responderéis vosotros, ni me pondréis en libertad. Empero, el Hijo del Hombre irá á sentarse á la diestra del Padre.»

—«¿—Acaso eres Tú el Hijo de Dios?»

—«Yo lo soy; vosotros lo habéis dicho.»

¡Ha blasfemado!, grita Caifás. ¡Ha blasfemado!, repiten los judíos y el pueblo. No hay necesidad de pruebas, nosotros mismos lo hemos oído.»

—¿Qué os parece que merezca este Hombre?

—¡La muerte! ¡La muerte!, exclaman los judíos y el pueblo.

Entonces se pronuncia la sentencia formal: no falta sino que la ratifique el Procurador de Roma, Poncio Pilatos.

Entre los clamores del Sanhedrín, entre el murmullo de la multitud, surge el sol que debía de iluminar la escena tremenda del más trágico de los dramas que haya presenciado la humanidad.

Volaban las palomas y las tórtolas, de los sicomoros á los eucaliptos; cantaban los pajarillos entre las ramas de los cipreses y los cedros; y los balidos de los corderos que en rebaños inmensos estaban cerca

de la puerta del Ganado, para ser degollados en el sacrificio pascual, llenaban el aire de notas trémulas que tenían algo de un lamento tierno, lleno de sentimiento

Las puertas del Templo se abrieron; los sacerdotes se disponían para el sacrificio matutino, hallándose entre la muchedumbre, un hombre, presa de viva inquietud. Primero se le vió cerca del palacio de Caifás, espionando, interrogando á todos; después se dirigió al Templo y penetrando á él, se acercó á los príncipes de los sacerdotes, y con voz alterada les dijo:—«He pecado, he entregado al Justo, he aquí vuestro dinero.» Y sacando una bolsa con monedas, la arrojó al suelo.

Los sacerdotes le replican:—¿Qué nos importa eso?» Debistes haberlo pensado antes”

Aquel dinero quemaba las manos á Iscariote Esperaba devolviéndolo, librarse del peso inmenso que abrumaba su alma. Pero los sacerdotes, peores aún que Judas, que sintió, al menos, la carga enorme de la sentencia de muerte que se pronunciara contra Jesús, no experimentaron, mas que la satisfacción de su venganza plena, completísima, y solo pensaron en rechazar, con vil hipocrecía, aquel dinero, precio de sangre, de la sangre del Hijo de Dios Eterno

¡Ay de vosotros! ¡Ay de vosotros, raza de víboras,!

Judas lleno de arrebató, corre hacia el Valle del Cedrón, y llega, sin darse cuenta de ello, á la Casa del Mal Consejo. La denuncia infame que ha hecho le tortura la conciencia; vuelve á ver la figura divina de Jesús y oye aquellas terribles palabras: “Amigo, ¿á que has venido aquí?” Entonces le invade un estremecimiento de horror; le parece que contra él se levanta una maldición terrible, del cielo tan hermoso, de la tierra tan verde, de los hombres, de las bestias y de

todo lo que le rodea. Sus miembros destilan un sudor copioso, é impulsado por la ira y por el espanto, fija una cuerda á un árbol, anuda en la extremidad su cuello y se deja caer en el vacío.



EN LA TORRE ANTONIA.

IMPONENTE y de maciza construcción, se levantaba la Torre Antonia en amplia esplanada, sobre la que surgía una altura rocallosa, fortificada desde los tiempos de David y en la que más tarde los Macabéos construyeron una especie de palacio, en que el Procurador de Roma acostumbraba alojarse cuando venía á Jerusalem, para las fiestas ó por algún otro motivo.

A esa Torre se dirige el tumultuoso cortejo que arrastra á Jesús.

Los gritos de la plebe que se acerca, obligan á Pilatos á salir de su estancia, para preguntar cual era el motivo de ese alboroto y dar orden al Centurión de la guardia, para que introdujese á los pontífices, á los escribas y á los ancianos que figuraban al frente de aquella crecida asamblea, al Litostrotos, que era un